

que todos anhelaban porque debía restablecer la tranquilidad de las conciencias y la union de las familias. Esta paz no era otra que la de la Republica con la iglesia, creemos llegado ya el tiempo de referir las negociaciones laboriosas que para alcanzarla mediaron entre Francia y el representante de la Santa Sede.

## LIBRO DOCE.



### Concordato.

Estado de la iglesia católica durante la revolucion francesa.— Constitución civil del clero decretada por la Asamblea constituyente.— Esta constitucion habia querido igualar la administracion de los cultos á la del reino, establecer una diócesis en cada departamento, hacer que los fieles eligiesen los obispos y dispensarlos de la institucion canonica.— Juramento á aquella constitucion que se exigió al clero.— Negativa á prestarlo y cisma.— Diversas categorías de sacerdotes, sus atribuciones é influjo.— Inconvenientes de este estado de cosas.— Medios que suministró á los enemigos de la revolucion para turbar el estado y las familias.— Diversos sistemas propuestos para remediar el mal.— Sistema de inaccion.— Sistema de una iglesia francesa cuyo gefe seria el primer consul.— Sistema de prestar gran ayuda al protestantismo.— Opinion del primer consul acerca de estos sistemas.— Forma el proyecto de restablecer la religion católica acomodando su disciplina á las nuevas instituciones de Francia.— Quiere que los antiguos obispos titulares sean depuestos, que las ciento cincuenta y ocho sedes queden reducidos á sesenta, que se cree un nuevo clero compuesto de sacerdotes respetables de todas las sectas, que el estado conociese del arreglo del culto, que se asignase á los sacerdotes un sueldo en vez de una cotacion territorial, y por último, que la iglesia consagrarse la venta de los bienes nacionales.— Relaciones amistosas del papa Pio VII con el primer consul.— Monseñor Spina encargado de negociar en Paris, retarda la negocia-



ción por intereses particulares de la Santa Sede.—Deseo secreto de recobrar las Legaciones.—Monseñor Spina conoce al fin que era necesario darse prisa.—Tiene una entrevista con Bernier encargado de hacer la negociación por Francia.—Dificultades del plan propuesto á la corte romana.—El primer consul envia su proyecto á Roma y pide al papa que se explique.—Consulta de tres cardenales.—El papa con arreglo á esta consulta quiere que la religion católica sea declarada religion del estado, que se le dispense de deponer á los antiguos titulares y de consagrar la venta de los bienes de la iglesia de otro modo que con su silencio etc.—Disputas con Mr. de Cacault ministro de Francia en Roma.—Cansado el primer consul de semejante lentitud manda á Mr. de Cacault que deje á Roma dentro de quince dias si en este plazo no se acepta el concordato.—Terror del papa y del cardenal Consalvi.—Salida de éste pa a Francia y su miedo.—Llegada á Paris.—Avóge e perfectamente el primer consul.—Conferencias con Bernier.—Logran entenderse acerca del principio de la religion del estado.—Se declara que la religion católica es la de la mayoría de los franceses.—Salvo algunas variaciones de redacción son aceptadas todas las demas condiciones del primer consul relativas á la deposición de los antiguos titulares, á la reduccion y la venta de bienes de la iglesia.—Conformidad de pareceres acerca de todos los puntos.—Esfuerzos que hasta el último momento hacen los adversarios del restablecimiento de los cultos para impedir que el primer consul firme el concordato.—Sin embargo de esto insiste.—Lo firma el 15 de julio de 1801.—Regreso del cardenal Consalvi á Roma.—Satisfacción del papa.—Solemnidad de las ratificaciones.—El cardenal Caprara es elegido legado *ad altere*.—El primer consul hubiera querido celebrar el 18 de brumario la paz con la iglesia al mismo tiempo que la efectuada con todas las potencias de Europa.—Tardanza que origina la necesidad de dirigirse á los antiguos titulares para que hicieran dimision.—El papa se dirige á todos los antiguos obispos constitucionales ó no constitucionales con igual objeto.—Sométense los constitucionales.—Resignanse los individuos del antiguo clero.—Contestaciones dignas de admiración.—Solo se resisten los obispos retirados en Lóndres.—Cuando todo estaba dispuesto para restablecer el culto en Francia, produce nuevas dilaciones la oposicion suscitada en el seno del Tribunado.—Necesidad que habia de vencer esta oposicion antes de pasar adelante.

Hubiera querido el primer consul que en el mismo dia del aniversario del 18 de brumario consagrado á celebrar la reconciliación de Francia con Europa, hubiese tambien de celebrarse la

reconciliación de Francia con la iglesia. Hizo, pues, los mayores esfuerzos para que las negociaciones con la Santa Sede quedasen terminadas en tiempo oportuno y las ceremonias religiosas se mezclaran con los festejos populares; pero esmas difícil tratar con una potencia espiritual que con las temporales, porque para esto no bastan las batallas; y es un honor para el pensamiento humano no poder ser vencido sino cuando la persuasión acompaña á la fuerza.

Para reconciliar á la república francesa con la iglesia romana, se valió de uno y otro medio, el de la persuasión y la fuerza, el vencedor de Rívoli y Marengo, pues ya hemos dicho muchas veces que la revolucion fué mucho mas allá en ciertas cosas de lo que se habia propuesto. Hacer que retrocediera solamente respecto de estas cosas y sin que traspasase los límites debidos en sentido contrario, era una reaccion provechosa y legitima que el primer consul trabajaba por realizar con una prudencia y habilidad dignas de completa admiración.

La religion era evidentemente una de las cosas con respecto á las cuales habia traspasado la revolucion todos los límites justos y equitativos, habiendo mucho que reparar para volverla á un estado conveniente. Existia en la antigua monarquía un clero poderoso, dueño de gran parte del territorio que estaba esento de cargas públicas, que lo único que hacia era dar voluntariamente al tesoro real algunas cantidades, que se hallaba constituido en poder político y formaba uno de los tres órdenes que en los Estados generales expresaban la voluntad nacional. La revolucion arras-



tró en su torbellino al clero con sus bienes, sus privilegios, y su influjo, y lo había arrebatado con la nobleza, los parlamentos y el mismo trono. Era imposible que sucediera de otro modo, porque un clero propietario y constituido en poder político podía convenir en la sociedad de la edad media, siendo útil entonces á la civilización, pero era inadmisibles en el siglo XVIII. Hizo, pues, bien la Asamblea constituyente en abolirlo y poner en su lugar un clero dedicado únicamente á desempeñar las obligaciones del culto, extraño á las deliberaciones del estado y con sueldo en vez de ser propietario; pero era exigir mucho de la Santa Sede pedirle que aprobase semejantes cambios. Para lograrlo era preciso no salir de esto, pues de lo contrario tendría un pretexto legítimo para decir que se atacaba la religión en su carácter sagrado é inmutable. Llevada la Asamblea constituyente de esa afición á regularizarlo todo, tan natural en los reformadores, equiparó sin titubear al gobierno de la iglesia con el del estado, y como hubiese diócesis demasiado estensas y otras demasiado reducidas; creó una para cada departamento queriendo que la reducción eclesiástica fuese igual á la administrativa. Como ya había hecho electivos todos los cargos civiles y judiciales quiso que también lo fuesen los eclesiásticos; disposición, que según ella, se acomodaba á los tiempos de la primitiva iglesia en que los fieles elegían á los obispos. Suprimió la institución canónica, es decir, la confirmación de los obispos por el papa, y con todas estas disposiciones compuso lo que se llamó constitución civil del clero. Los hombres que obraban de esta

suerte, estaban animados de intenciones piadosas; pues eran verdaderos creyentes, fervorosos jansenistas, aunque su intervención en los asuntos humanos era muy peligrosa por la obstinación con que sostenían sus disputas teológicas. Para complemento de error exigieron al clero francés que prestara juramento á la constitución civil, que era lo mismo que crear un caso de conciencia para los sacerdotes sinceros y un pretexto de resistencia para los mal intencionados; preparar en fin, un cisma. Roma, agraviada ya con las desgracias del trono, se irritó con las que recaían sobre el altar, y en consecuencia prohibió semejante juramento: parte del clero obediente á su voz se negó á prestarle, pero otra parte consintió en él formando con el título de clero *juramentado* ó constitucional, el clero reconocido por el estado, y únicamente admitido al desempeño de las obligaciones del culto. No proscribieron entonces á los sacerdotes, contentándose con prohibir á unos el ejercicio del sacerdocio y concederlo á otros; pero los fieles prefirieron por lo general á los sacerdotes excluidos, porque la conciencia religiosa se alarma con facilidad y siempre está pronta á desconfiar del poder. Como daba la preferencia á los eclesiásticos que pasaban por ortodoxos, y miraba con desvío á los que contaban con el apoyo del gobierno, y cuya ortodoxia no estaba bien probada, hubo entonces dos cultos, uno público, y otro clandestino, siendo este el que siguió la mayoría. Las pasiones enemigas de la revolución concertáronse con la religión ofendida precipitándola en las faltas que siempre cometen los



hombres animados por espíritu de bandería: del cisma pasóse á poco en las campañas de la Vendée á una guerra civil espantosa; la revolucion no se quedó atrás, y si al principio se contentó puramente con privar á los eclesiásticos de sus empleos, persiguiólos despues proscribiendo á los sacerdotes y desterrándolos. Luego vino la abolicion de todos los cultos y la proclamacion del Ser Supremo, cabiendo una misma suerte á los sacerdotes que obedecieron las leyes y á los que no las obedecieron, á los *juramentados* ó *no juramentados*; es decir, que todos fueron enviados al cadalso en que iban á morir juntos, realistas, constituyentes, girondinos y montañeses.

En tiempo del Directorio cesó aquella cruenta proscripcion, pero gracias á un régimen variable, que tan pronto se inclinaba á la indiferencia como al rigor, siguió la iglesia proscripta en su estado de ansiedad. El primer consul valiéndose de su poder, y dando muestras de sus intentos de reparacion, tranquilizó á todos los que habían sufrido bajo cualquier título que fuese, logrando que salieran de sus retiros ocultos, ó que volviesen del destierro los ministros del culto; pero en último resultado no hizo mas que aumentar el cisma. Para suprimir la dificultad del juramento cesó de exigirlo, sustituyéndolo con una simple promesa de sumision á las leyes; promesa que si aquitaba la conciencia de los sacerdotes añadió en cierto modo nuevos motivos de disidencia á los que ya existian creando una categoría mas en el seno del clero.

Tan dividido se hallaba este, que habia sacerdotes constitucionales ó *juramentados* que de-

sempeñaban los empleos sacerdotales autorizados por la ley, y se hallaban en el goce del uso de los edificios religiosos que les habian sido devueltos en virtud de un decreto de los consules: habia tambien sacerdotes no *juramentados* que nunca habian querido prestar juramento alguno, y que despues de permanecer en el destierro y en las carceles, acababan de presentarse en masa, desde los primeros dias del consulado; pero que oficiaban en casas particulares, no sin declarar que el culto público que se practicaba en las iglesias era malo; y por último, estos sacerdotes no *juramentados*, se dividian en sacerdotes que no habian hecho la *promesa* y en sacerdotes que se resignaron á hacerla, esponiéndose á que no se les tuviera abiertamente por ortodoxos. Acudieron á Roma sin éxito alguno, pues aunque la Santa Sede trató con miramiento al primer consul habia rehusado dar esplicaciones; pero el cardenal Maury que se habia retirado á los estados pontificios llegando á ser obispo de Montefiascone pero representante del partido realista cerca del papa, y no queriendo á lo menos por entonces favorecer la sumision de los sacerdotes al nuevo gobierno, interpretó el silencio de Roma á medida de sus deseos, y envió á Francia con motivo de la *promesa*, cartas de desaprobacion que turbaban mas y mas las conciencias. Todos estos sacerdotes así divididos, tenian sus respectivas gerarquías, pues los constitucionales obedecian á los obispos elegidos bajo el régimen de la constitucion civil, pero de estos obispos unos habian muerto de muerte natural, y otros de muerte violenta. Los que habian fallecido



fueron reemplazados por obispos que, no habiendo sido elegidos por los medios ordinarios, usurparon su poder aprovechándose de la proscripción que pesaba igualmente sobre todos los cultos, ó consiguieron que los nombrasen cabildos clandestinos, especies de juntas religiosas que no tenían ninguna autoridad, ni moral ni legal. Así, pues, el poder hasta de los mismos obispos constitucionales, mirado bajo el punto de vista de la constitucion civil, habia caido en descrédito con respecto á algunos de ellos, y si bien habia en ese clero hombres dignos de respeto, la generalidad habia perdido la confianza de los fieles, no solo por hallarse en desacuerdo con Roma sino porque con mezclarse en las disputas políticas y religiosas del siglo, se habian despojado de la dignidad del sacerdocio. Muchos efectivamente pertenecian á los clubs mas furibundos ó eran hombres desmoralizados: y en cuanto á los verdaderos sacerdotes si cayeron en el cisma fué llevados por el furor del jansenismo.

El clero que se decia ortodoxo tenia tambien sus obispos, los cuales egercian una autoridad menos pública, pero mas efectiva y peligrosa que la de los constitucionales. Casi todos los no juramentados emigraron á Italia, España, Alemania, y sobre todo á Inglaterra, donde contaban con los subsidios del gobierno británico. Sosteniendo una correspondencia seguida con sus diócesis por medio de sus provisosores que ellos habian escogido y Roma aprobado, gobernaban su iglesia desde su destierro bajo el influjo de las pasiones que este produce muchas veces en beneficio de los enemigos de Francia.

Los que habian fallecido, y el número de estos era ya considerable en los diez años, fueron reemplazados secretamente por administradores autorizados por la corte de Roma, de suerte que se habia abandonado completamente una de las precauciones mas prudentes y antiguas de la iglesia galicana, esto es, que administrasen los cabildos y no los agentes del papa, las sedes que estuvieran vacantes. La iglesia francesa habia perdido así su independencia, pues cuando dejaban de regirla los obispos cómplices de la emigracion, Roma entraba á gobernarla directamente, y cuando muriesen, todos ó casi todos los obispos emigrados, lo cual no debia tardar mucho, la iglesia entera de Francia no tendria otra autoridad que la ultramontana.

Hay hombres que hacen muy poco caso de una sociedad desgarrada por mil sectas, y que quieren que el gobierno mire con desden las disidencias religiosas ó las respete como sagradas; pero ningun gobierno debe permanecer indiferente cuando la turbacion de la sociedad llega á ser tan profunda que puede convertirse á cada paso en desorden material.

Las fracciones sacerdotales de que hemos hablado, procuraban atraerse las conciencias, pero el clero constitucional tenia poco poder, viniendo á ser únicamente un motivo de recriminacion para los jacobinos, quienes estaban acostumbrados á decir que la revolucion lo pagaba todo, sacrificándosela en la persona de los sacerdotes que precisamente se habian dedicado á defenderla, sin que el gobierno pudiese mejorar el estado de las conciencias, pues no estaba en



su mano hacer que los fieles pensasen en favor de uno ú otro clero. El que se tenia por ortodoxo obraba sobre los espíritus en sentido enteramente contrario al orden establecido, pues procuraba mantener alejado del gobierno á todos los que cansados de disensiones civiles, se inclinaban á abedecer la autoridad del primer consul. Si hubiera podido el clero de que vamos hablando, despertar las pasiones de la Vendée lo hubiera hecho; pero ya que no podia hacer esto, se contentaba con mantener sordamente la desconfianza y el descontento, turbando al mediodia, no tan sumiso como la Vendée, y haciendo que en las montañas del centro de Francia se reuniese la población en tumulto en derredor de los curas ortodoxos. En todas partes alarmaba las conciencias é inquietaba á las familias, persuadiendo á todos cuantos habian bautizado ó casado los *juramentados*, que no pertenecian á la verdadera comunión católica, y que si querian volver á ser verdaderos cristianos, ó salir del estado de concubinato en que se hallaban, debian bautizarse ó casarse de nuevo. De este modo ponian en duda la legitimidad del estado de las familias, no bajo el punto de vista legal sino del religioso, pues habia mas de diez mil sacerdotes casados, que arrastrados por el vértigo de la época ó impulsados por el terror, habian buscado en el matrimonio, unos la satisfaccion de pasiones que no habian sabido contener, y otros una abjuracion que les libraba de ir al cadalso, siendo de temer que, mientras que no les perdonase la iglesia, serian mirados con prevencion y despego por los que no querian ver en ellos á unos esposos ó

padres de familia, sino á unos hombres que habian insultado las preocupaciones públicas.

Los compradores de bienes nacionales, en cuya proteccion se hallaba sumamente interesado el gobierno, vivian tambien en un estado de inquietud y opresion, pues rodeados al tiempo de morir de pérfidas sugestiones, los amenazaban con una condenacion eterna sino consentian en arreglos que eran otros tantos despojos. Es decir, que la confesion era una arma poderosa de que se valian los emigrados para atacar la propiedad, el crédito público, y en una palabra, uno de los principios mas esenciales de la revolucion, la inviolabilidad de la venta de bienes nacionales, sin que ni la policia del estado, ni las leyes, pudiesen evitar males de aquella especie.

Todos estos desórdenes no debian ser mirados con indiferencia por el gobierno, pues cuando las sectas religiosas no tienen otra consecuencia, sino germinar y crecer en un suelo tan vasto como el de América, sucediéndose las unas á las otras, hasta lo infinito, sin dejar en pos de si otra cosa que el recuerdo pasajero de invenciones ridiculas ó prácticas indecentes, se concibe hasta cierto punto que el estado lo mire con indiferencia, pero no era esto lo que sucedia en 1801 en la antigua sociedad francesa, la cual presentaba un aspecto moral muy triste, al mismo tiempo que el orden público se veia seriamente amenazado. Sin esponerse á un peligro inmenso, no podia permitir el gobierno francés que gobernasen las almas á su arbitrio, facciones enemigas de la república; no podia dejar en su mano la antorcha de la guerra civil con facultad de llevarla cuando lo tuviesen



á bien, á la Vendée, la Bretaña, ó las Cevenas, no podia en fin permitirles que turbasen el reposo de las familias, que asediasen el lecho de los moribundos para arrancarles estipulaciones inicuas, que pusiesen en duda el crédito del estado, que alterasen en fin la propiedad, inclusa la que la revolucion habia prometido hacer siempre inviolable.

Era harto justo y profundo el modo de pensar del primer consul acerca de la constitucion de las sociedades para que pudiera ver con indiferencia los desórdenes religiosos que en aquella época ocurrían en Francia, además de que, para poner remedio á esos mismos desórdenes, tenia el motivo mucho mas sagrados que los que acabamos de indicar, si es que puede haber algo mas sagrado que el orden público y el reposo de las familias.

Toda asociacion humana necesita una creencia religiosa y un culto, pues al verse el hombre en medio del universo sin saber su origen ni á donde vá, por qué sufre y aun por qué existe, cuál será la recompensa ó la pena que reciban las largas agitaciones de su vida; asediado por las contradicciones de sus semejantes, pues unos le dicen que hay un Dios autor de todo lo criado, y otros, que no le hay; estos que hay un bien y un mal que deben servir de regla á su conducta, y aquellos, que estas son invenciones forjadas por los que han querido gobernar al género humano: en medio de estas contradicciones, decimos: siente el hombre la necesidad imperiosa é irresistible de fijarse en una creencia acerca de todos estos objetos. Verdadera ó falsa, sublime ó ridícula, lo

cierto es que forma esa creencia, y en todas partes, en todos tiempos, y en cualquier pais que sea tanto en la antigüedad como en los siglos modernos, lo mismo en las naciones civilizadas que en las regiones salvages, se le encuentra al pie de los altares, sean estos dignos de veneracion, sean viles ó sanguinarios. Cuando en un pais no reina una creencia determinada, traen agitado ó degradan el espíritu humano, mil sectas que se encarnizan en disputar como en América, ó se entregan á supersticiones á cual mas vergonzosas, como en la China, ó bien si como sucedió en Francia en el año 93 una cónmocion aunque pasajera, arrebatada en su torbellino la antigua religion del pais, el hombre que hace voto de no creer en nada, se contradice á poco, y el culto insensato de la diosa Razon, inaugurado junto al cadalso, viene á probar que ese voto era tan vano como impío.

Juzgando, pues, con arreglo á su conducta fija y terminante, el hombre necesita una creencia religiosa, ¿y qué cosa mejor puede desearse en una sociedad civilizada, que una religion nacional fundada sobre los verdaderos sentimientos del corazón humano, conforme con las reglas de una moral pura, consagrada por el tiempo, y que sin intolerancia ni persecuciones reuna, si no á todos los ciudadanos, cuando menos á la gran mayoría de ellos, al pie de un altar antiguo y respetado?

Seria imposible inventar semejante creencia si no existiese sancionada por los siglos: los filósofos, incluso los mas sublimes entre ellos, podrán crear una filosofia conmoviendo con su ciencia al siglo que honran: hacen pensar, pero no hacen creer. Un guerrero halagado por la fortuna y



cubierto de gloria, puede fundar un imperio, pero no una religion. Es verdad que en los tiempos antiguos ha habido sabios y héroes que suponiendo tenían relaciones con el cielo, han podido someter el espíritu de los pueblos imponiéndoles una creencia, pero lo que es en los tiempos modernos tendrian por un impostor al que aspirase á crear una religion; y ora estuviere rodeado de terror como Robespierre, ora estuviere cubierto de gloria como el jóven Bonaparte, lo único que lograria seria ponerse en ridiculo.

En 1800 no habia necesidad de inventar, pues existia esa creencia pura, moral y antigua; la religion de Cristo, obra de Dios segun unos, y de los hombres segun otros, pero segun todos obra profunda de un reformador sublime, reformador á quien han comentado por espacio de 18 siglos los concilios, asambleas en que se reunian los varones mas eminentes de cada época y que se ocupaban en discutir con el título de heregias sobre todos los sistemas filosóficos, adoptando sucesivamente, acerca de cada uno de los grandes problemas del destino del hombre, las opiniones mas sublimes y sociales, adoptándolas por decirlo así, en nombre de la mayoría del género humano, y llegado por último á producir ese cuerpo de doctrina invariable, pero tantas veces atacado, aunque siempre ha salido triunfante, que se llama *unidad católica*, reconocida tarde ó temprano por los genios mas eminentes! Existia esa religion que ha reunido bajo su imperio á todos los pueblos civilizados, que ha reformado sus costumbres, y que les ha inspirado sus cantos, y prestado asunto para sus poesias, sus cuadros y

sus estatuas dejando impresas sus huellas en todos los recuerdos nacionales, y marcando con su insignia las banderas vencidas unas veces y victoriosas otras! Es verdad que desapareció por un momento en una gran tempestad del espíritu humano, pero así que pasó la tempestad y volvió á sentirse la necesidad de creer, se encontró en el fondo de las almas como creencia natural é indispensable de Francia y Europa.

¿Qué cosa mas indicada y necesaria en 1800 que levantar el altar de San Luis, Carlo Magno y Clodoveo, derribado por un instante? El general Bonaparte que hubiera caído en ridiculo, si hubiese querido convertirse en profeta ú hombre inspirado, era digno del papel para que le tenia destinado la providencia, el de alzar con su mano victoriosa ese altar venerable, haciendo con su ejemplo que le rindiesen culto las poblaciones por algun tiempo estraviadas. Y para dar cima á tamaña empresa se necesitaba nada menos que su gloria, pues hombres de elevado ingenio, no solo entre los filósofos sino entre los reyes, como Voltaire y Federico, habian procurado desacreditar la religion católica valiéndose contra ella de todas las armas del sarcasmo y del ridiculo, de que fué blanco durante 50 años. El general Bonaparte que tenia tanto talento como Voltaire y mas gloria que Federico, podia solo con el ejemplo de su conducta y el respeto que inspiraba su nombre echar por tierra las burlas del último siglo.

Acerca de este punto no abrigaba la menor duda, pues deseoso de restablecer el orden en el estado y las familias, satisfaciendo al mismo



tiempo la necesidad moral de las almas, estaba firmemente resuelto a reponer la religion católica á su antiguo estado, salvo las atribuciones políticas que creia incompatibles con la situacion de la sociedad francesa.

Teniendo tales motivos para obrar de aquel modo, ¿qué necesidad hay de indagar si obraba movido de una inspiracion de la fé religiosa, ó le inducian á ello las exigencias de la política y la ambicion? Obraba por prudencia, es decir, porque conocia profundamente la naturaleza humana y esto basta: lo demas es un misterio que la curiosidad, muy natural cuando se trata de un hombre grande, puede querer penetrar, pero que importa poco á los ojos de la religion y la filosofia. Diremosin embargo, que el general Bonaparte se inclinaba á las ideas religiosas, pues á medida que es mas superior una inteligencia, comprende mas y mas las bellezas de la creacion, siendo mas capaz el hombre de gran talento que el de escaso y limitado de ver á Dios en sus obras. Bonaparte tenia gusto en disputar acerca de filosofia y religion con Monge, Lagrange y Laplace, á quienes estimaba por su saber, y á pesar de lo incrédulos que eran los dejaba confundidos muchas veces con la claridad y vigor que empleaba en sus argumentos. A esto hay que añadir, que educado en un pais inculto y religioso á vista de una madre devota, los altares católicos despertaban en él los recuerdos de la infancia que tanto poder ejercen en una imaginacion sensible y grande. En cuanto á la ambicion que ciertos detractores han querido presentar como único movíl de la conducta que observó en aquellas circunstancias,

solo tenia entonces la de hacer bien en todo y por todo; y aun cuando tuviese esperanzas de que con la realizacion de ese bien, acreceria su poderío, seria preciso perdonárselo, pues es una ambicion noble y legitima la que se funda en satisfacer las verdaderas necesidades de los pueblos.

La tarea que se habia propuesto, facil en la apariencia, puesto que se trataba de satisfacer una necesidad pública muy efectiva y real, era sin embargo espinosísima. Los hombres que le rodeaban, casi sin escepcion, estaban poco dispuestos al restablecimiento del antiguo culto, y esos hombres, magistrados, guerreros, literatos ó sabios, eran los autores de la revolucion francesa, los verdaderos y únicos defensores de esa revolucion entonces desacreditada, y tenia que terminarla con su auxilio, reparando sus faltas y consagrando definitivamente sus resultados justos y legitimos. No podia pues, prescindir el primer consul de ponerse en abierta contradiccion con los que no solo le habian apoyado, sino que fueron sus colaboradores y amigos, y aun cuando le era fácil conseguir que desaprobasen los excesos de la revolucion, por lo mismo que esos hombres como salidos de las filas de los revolucionarios moderados, no habian derramado sangre humana como Robespierre y Saint-Just, no lo era tanto hacer que confesasen que habian desconocido durante mucho tiempo las verdades mas importantes del orden social, porque habian participado de los errores de la Asamblea constituyente, y repelido sonriéndose las chanzonetas de Voltaire. Sabios como Laplace, Lagrange y sobre todo Monge, decian al primer consul que iba á rebajar á



los ojos de Roma, la dignidad del gobierno y de su siglo; Mr. Rœderer, el monárquico mas fogoso de aquellos tiempos, el que deseaba se restableciese la monarquía lo mas pronto y completamente posible, veía sin embargo con pena el proyecto que existía de restablecer el antiguo culto; hasta el mismo Mr. de Talleyrand, panegirista incansable de todo lo que podía enlazar lo presente con lo pasado, y unir á Francia con Europa, Mr. de Talleyrand, que trabajaba con utilidad y zelo por que se realizase la paz general, veía sin embargo con bastante frialdad lo que se llamaba la paz religiosa, pues aun cuando queria no fuesen perseguidos los sacerdotes, incómodo con sus recuerdos personales, no deseaba el restablecimiento de la antigua iglesia católica, con sus reglas y su disciplina. Los compañeros de armas del general Bonaparte, los generales que habian peleado á sus órdenes, que en su mayor parte carecian de instruccion, y estaban acostumbrados á las chanzonetas de los campamentos, ó imbuidos en las máximas de los clubs, miraban con repugnancia la restauracion del culto, temiendo ponerse en ridiculo si concurrían á los actos religiosos. Los hermanos del general Bonaparte, por último, que frecuentaban el trato de los hombres de letras, se hallaban todavia imbuidos en los escritos del siglo que acababa de trascurrir, temian que perdiese su hermano crédito y poderío entre aquellos cuya resistencia parecia inminente, y no sabian, en fin, ver mas alla de esa resistencia interesada ó poco ilustrada de los hombres que rodeaban al gobierno, la necesidad real y efectiva de satisfacer el deseo de las masas populares, le disuadian abier-

tamente de lo que miraban como una reaccion indiscreta ó prematura.

Así es, que eran muchos y de muy distinta especie los consejos que daban del primer consul, á quien unos decían que no se mezclase en asuntos religiosos, limitándose á no perseguir á los sacerdotes, y dejando que los *juramentados* y *no juramentados* se entendiesen entre sí como pudieran: otros, conociendo el peligro que podría resultar de permanecer entregados á la indiferencia é inaccion, le inducían á que aprovechándose de la ocasion favorable que se le presentaba, se hiciese gefe de una iglesia francesa, arrebatando de manos de una autoridad estraña el inmenso poder de la religion; y otros, en fin, le proponian que adoptase el protestantismo, diciéndole que si daba el ejemplo haciéndose protestante, Francia se apresuraria á seguir ese ejemplo.

El primer consul se resistía con todas las fuerzas de su razon y su elocuencia, á tan vulgares consejos, y para afirmarse mas y mas en su resolucion, formó una biblioteca religiosa espresamente para sí, compuesta de pocos pero selectos libros, relativos en su mayor parte á la historia de la iglesia y sobre todo, á las relaciones de esta con el estado. Además, hizo que le tradujeran los escritos latinos de Bossuet que versaban sobre este punto, y devorando todo esto en los cortos momentos que le dejaba libres la direccion de los negocios públicos, supliendo con su ingenio lo que ignoraba como en la composicion del código civil, admiraba á todo el mundo con lo mucho que sabia en materia de cultos. Segun lo tenia de costumbre cuando le